

La Prueba

Paquito era un niño normal, como tú, como el compañero de tu sección, como el vecino del barrio. Como todo niño jugaba, reía, cantaba y estudiaba. Había crecido lo suficiente como para reconocer su edad, demostrando también gozar de muy buena salud. Ayudaba en casa dejando su dormitorio arreglado, cada objeto en su lugar, limpiando, compartiendo otros quehaceres necesarios. Tenía tiempo para cumplir con las asignaciones del colegio. Su madre sentíase muy contenta por ello. Pero, había algo que corregir en su comportamiento y debería lograrse lo más pronto posible.

Un día llegó una vecina de visita a casa. Mamá, como buena anfitriona, la recibió amablemente, iniciándose una conversación amena, agradable e interesante. De pronto, comenzaron a escucharse unos gritos, apuros, lamentaciones. Paquito había volteado su tempera y armó tal alboroto que daba la impresión que toda la ciudad se estaba enterando de lo acontecido en casa.



- ¡Mamá, mira mamá! ¿Qué hago ahora?

¡Ven... corre... ayúdame! ¿Dónde hay un trapo?... ¡Limpien en seguida el suelo! ¡Mira mi

ropa, mis cuadernos! ¡Mis manos! ¡Mamá...!

Y así continuó Paquito, quejándose, gritando, renegando. La señora que estaba de visita no pudo resistir más: arqueó las cejas un par de veces, puso los ojos en blanco otras tantas, frunció los labios, exhaló un suspiro harto significativo y se despidió fríamente.

Mamá se armó de paciencia, como tantas veces hacen las madres, acudió a remediar los estragos y al terminar le dijo:

- Bueno, hijo mío, ya está arreglado lo de la tempera; pero hay otra cosa que es necesario arreglar.

Y le explicó que no se debe armar tanto alboroto por algo insignificante, sino remediar sus consecuencias con el menor ruido posible.

- Debes tratar que menos gente se entere de lo que sucede y que esta forma de actuar permanezca como norma en tu vida. Hay cosas que sólo nosotros debemos conocer. Por favor, Paquito, entiéndelo que es por tu bien.

Los días transcurrieron. La vida continuó su curso normal. Cada mañana era el mismo saludo a la creación, a la naturaleza. El coro melodioso de los pajarillos seguía siendo transportado por el aire madrugador a todos los confines del universo. El mismo perfume de las flores envolvía cada tristeza y la llenaba de alegría y esperanza.

Llegó el día, en que, en el hogar de Paquito se tuvieron que realizar algunos arreglos necesarios.

Justo el día que empezaron a pintar el comedor, la mesa fue bajada al sótano y cada uno tuvo que acomodarse a las circunstancias.

Llegada la hora de la cena, todos estaban acomodados, limpios, presentables, como debe ser al momento de compartir la mesa

familiar. Cuando tomaron asiento, se advirtió en el rostro de Paquito un movimiento de sorpresa y contrariedad. Había caído en la prueba preparada por su madre.

Todos inclinaron la cabeza para dar gracias al Padre Eterno antes de comer.

Al levantar nuevamente la mirada, los ojos de Paquito se encontraron con los de su mamá. Sonrió. Había comprendido lo sucedido. Con melodiosa voz y tono muy cortés dijo:

- Permiso. Y se retiró.

La familia siguió comiendo tranquilamente.

¿Qué había sucedido?

Al momento de sentarse, la sorpresa y contrariedad en el rostro de Paquito se debió a que su silla estaba totalmente mojada. Y ¡sorpresa! No gritó, no alborotó, no dio a entender nada. Sólo su madre y él sabían lo que estaba ocurriendo.

Paquito había comprendido y ejecutado el consejo de mamá. Salió triunfante de la prueba. Una de las tantas pruebas que cada día le iba a presentar la misma vida.

